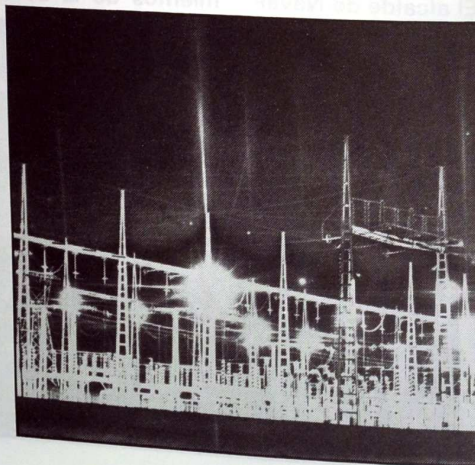
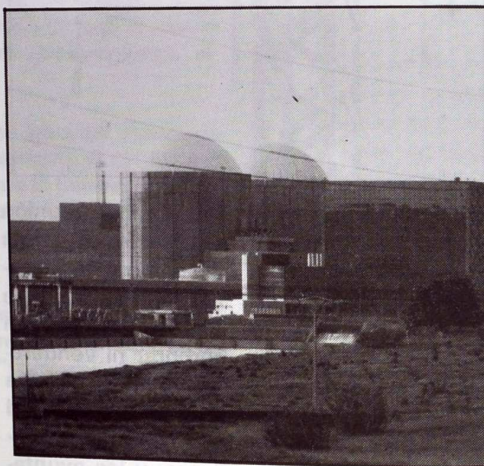
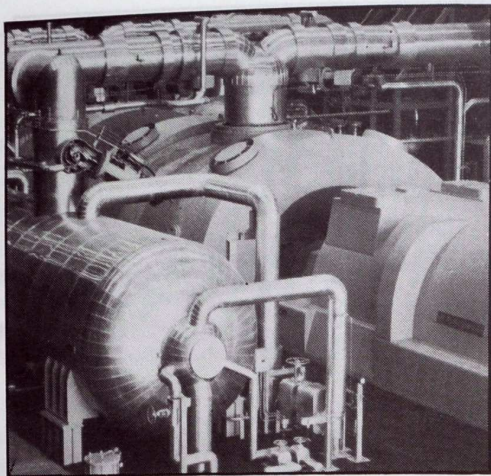


tundamente. ¿Por qué no se detectó en Almaraz ese fallo?. Preguntas y más preguntas que el hombre de la calle se hace, máxime cuando siempre le han asegurado que las medidas de seguridad, los controles de detección, eran poco menos que infalibles.

440 megawattios está produciendo el reactor número uno de Almaraz, funcionando al 50 por ciento de su potencia. Una energía, dicen las compañías eléctricas, imprescindible para el país. Y será así, pero esta zona necesita de una atención que aún se le ha dado.

El transcurso de la campaña electoral ha hecho que la planta nuclear ocupe un puesto destacado en el contacto de los partidos con sus posibles electores en la zona. El PSOE, en una reunión de sus representantes en los ayuntamientos y diputación de toda la región celebrada en Navalmaral de la mata, acordaba pedir la paralización de Almaraz hasta que esta planta reúna todas las medidas de seguridad que la Ley establece.



Los socialistas, por boca de Eusebio Cano Pinto, indicaban con claridad que la inversión realizada en Almaraz no puede ser enterrada; de ahí que un Gobierno socialista obligue a las empresas constructoras a modificar su diseño para que las garantías de seguridad sean absolutas.

Por su parte las empresas indicaban a una revista nacional especializada en los temas energéticos, "Enerpress", que en los meses de Abril o Mayo próximos comenzaría a diseñarse el sistema de refrigeración del reactor número uno para dotarlo de las modificaciones específicas estudiadas por la empresa constructora del mismo Westinghouse. Las fechas de Abril o Mayo han sido elegidas para aprovechar el permiso de funcionamiento al 50 por ciento aprobado por el Consejo de Seguridad Nuclear durante 4.000 horas.

**JESUS RUBIO
FERNANDEZ
FOTO:
ANTONIO
HERNANDEZ
CRUZ**

de pueblo a pueblo

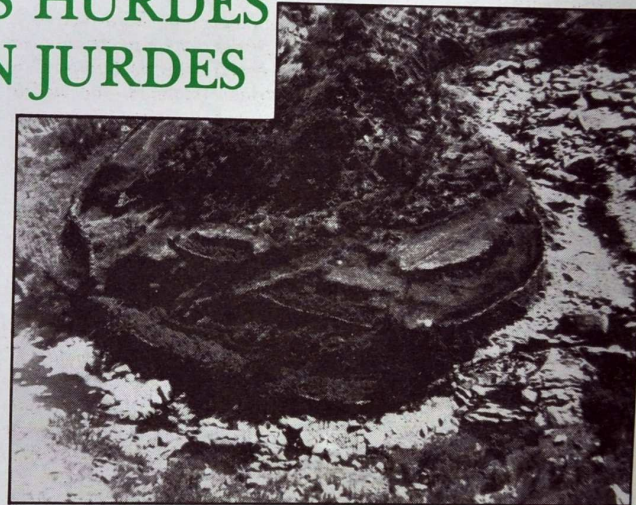
DONDE LAS JURDES SE LLAMAN JURDES

Cabalar por el espinazo pizarroso de Las Jurdes sin caer en el tópico, no es tarea nada fácil. Quiérase o no, la sensación de claustrofobia sigue, cual pesadola, construyendo los estrechos valles que culebrean al son que les marca el río.

EL FUROR DE LA PIZARRA

Si intentamos hablar sobre las tierras jurdanas, hay que partir de una premisa fundamental: los factores histórico-geográficos condicionan ostensiblemente al factor humano. Y en Las Jurdes la geografía se erizó de mil y una crestas de estériles pizarras, y la historia abofeteó con saña las perdidas alquerías de la sierra.

Pero tampoco podemos globalizar. Las Jurdes, dentro de su homogeneidad, también presentan acusadas diferencias. No todas sus 45.490 hectáreas aparecen con una estructura silvo-agrícola semejante, ni todos sus nueve mil y pict de habitantes están marcados con la misma impronta. Absurdo es, además, el que se hable de Jurdes Altas y Jurdes Bajas. Se ha querido establecer con esta división un baremo que implicaba la existencia de una zona cultural y socio-económicamente más avanzada que el resto. Sin embargo la incongruencia salta a la vista. Verbigracia: aldeas como Las Erías, Horcajo o



Jurdes, con J

A alguno le choque, tal vez, el encabezamiento de este reportaje. Preciso se hace, pues, la aclaración correspondiente.

Y he aquí que sobre el nombre de nuestra comarca se ha teorizado largo y tendido. Las etimologías que se le achacaban eran, algunas, de lo más curiosas y pintorescas. Así, los señores Romualdo Martín, Bide, Barrantes y algún otro de menos peso, establecen un paralelo entre Jurdes y Jordán (el famoso río bíblico). Opinan que los jurdanos son los descendientes de los judíos que apedrearon, allá por 1.488, una cruz que existía en el Puerto del Gamo, junto a Casar de Palomero. Tales judíos serían, posteriormente, rebautizados en las aguas del actual río Jurdano. Y reafirman sus tesis añadiendo que este río Jurdano se llamaba, antiguamente, Jordán. Al emplear sus aguas para cierto rito bautismal, los que las recibieron sobre sus cogotes pasaron a llamarse, así por las buenas, «jurdanos» o «jordanos».

Hay otros, como Ponz, que la hacen derivar de «gurdus», que es término latino y que significa algo así como: hombre rudo, de corta capacidad. Don Vicente Paredes, en cambio, sueña con onzas de oro, y dice que la etimología de Las Jurdes hay que emparentarla con «Tesoro» (tesoro oculto, para más señas). Para afianzar su pere-

Aldehuela, enclavadas en las llamadas «Jurdes Bajas» (considerada como zona de mayor progreso), sufren un atraso mucho más espectacular que Cabezo, Vegas de Coria o Las Mestas, alque-

rías de Las Jurdes Altas.

El verdadero telón de las diferencias corretea a lo largo del antiguo «Camino Morisco», sobre el que trazaron la comarcal 512. Los pueblos que van a morir a

sus cunetas, muestran una cara distinta a los que gatean la montaña más al norte. Los primeros, a los que hay que añadir la cuña de terreno que abre el río Ladrillar, tienen a su favor los factores geográficos. Las cordilleras se hacen aquí más suaves, ofreciendo mayor facilidad a los cultivos. Los segundones se encastillan entre unos farallones cámbricos que no permiten, a veces, ni que los pinos muerdan la costra rocosa del terreno.

La historia, la oscura historia de Las Jurdes, también jugó su papel —a veces triste, a veces cruel—, y castigó sin miramientos a este pueblo de pastores. En el subconsciente del jurdano quedan ecos de un pasado glorioso, cuando la sierra era un bosque feraz; cuando los rebaños de cabras daban para alimentar al hombre y al lobo; cuando los ciervos y venados triscaban a sus anchas por tesos y vaguadas; cuando, al decir del tío Mero —anciano de Nuñomoral con una memoria prodigiosa—, «sus antepasados eran tan ricos, que daban de comer a los perros en cazuelas de oro... ¿Qué habrá de cierto en estos recuerdos? ¿Acaso son el producto de un pasado idealizado, de una historia amasada con absurdos triunfalismos...?»

Tal vez así lo vean los que caminan a la ligera por la comarca. Esta fue la óptica de Fray Gabriel de San Antonio, de Alonso Sánchez, de Lope de Vega, de Tomás González de Manuel, de Ponz, del Padre Feijoo, de Pascual Madoz, de Barrantes, de Maurice Legendre, de Víctor Chamorro, de Pérez Mateos... de tantos y tantos que descargaron sus tinteros para hablar y lucubrarse sobre los terruños jurdanos.

Pero si sus plumas hubieran sido más rigurosas con la Historia, entonces se habrían percatado de las huellas y vestigios que antiguas civilizaciones dejaron impresas por las serranías jurdanas.

Porque Las Jurdes constituyen un auténtico santuario del Bronce.

Los petroglifos se cuentan por docenas, y los ídolos-estelas aparecieron también entre sus fragosidades. Esto es una prueba palpable de que hubo una civilización —y esplendorosa, a juzgar por los restos materiales— en el primer milenio antes de Cristo, aproximadamente.

Sobran, por lo tanto, teorías adobadas con judíos perseguidos, moriscos y gentes de mal vivir o acosados por la justicia. Los que así teorizaron tuvieron una visión alicorta de la dimensión histórica de la comarca. A través de un simple y vulgar razonamiento, dedujeron algo así: «en Las Jurdes no existen apenas condiciones de habitabilidad, luego el pueblo jurdano es un pueblo de refugiados, de gente condenada por cargas concejiles o judiciales».

Pero los avatares históricos son mucho más complejos, y si Las Jurdes se defendieron con desha-



Pero los avatares históricos son mucho más complejos, y si Las Jurdes se defendieron con desahogo a lo largo de muchos siglos, no pasaría lo mismo a partir de finales del XIII, cuando gran parte de estas tierras pasan a depender de la villa salmantina de

La Alberca.

La zona de Lo Franqueado (hoy Pino Franqueado) se libró del señorío albercano, y en 1528 se constituyó en concejo, conquistando su libertad por el precio de 18.000 maravedises y 80 pares de perdices. Pero el resto de Las Jurdes tuvo que aguantar, hasta el 1835, el oprobio del tiránico concejo albercano. La Alberca hizo y deshizo a su antojo. El jurdano se vio impotente para enfrentarse a los todopoderosos regidores albercanos. De poco sirvieron los pleitos y los litigios en la Real Chancillería de Valladolid y duramente fueron reprimidas las revueltas surgidas en algunos pueblos de Las Jurdes. La mano incendiaria comenzó, en señal de protesta y de rabia incontentada, a quemar el vastísimo bosque de castaños y alcornoques. Luego, vendría «la tinta», epidemia que acabó por arrasar lo que el fuego había dejado indemne, y las rocas enseñaron su desnudez, y el agua y el viento lamieron avaramente las laderas de la montaña.

La impotencia de todo un pueblo abocado a la indigencia acabó por crear una auténtica y colectiva frustración histórica. Y por ello, el jurdano se hizo hosco



grina fantasma, les otorga a La Pesga y Marchagaz —pueblos situados en la base del triángulo jurdano pero sin pertenecer a él— los significados de «Pie hacia el Tesoro» y «Marcha hacia el Tesoro», respectivamente.

Sin llegar a afirmarlo, y dadas las connotaciones históricas de la zona, nosotros pensamos que el vocablo Jurdes tiene que ver algo con el término «jurd», empleado todavía en ciertas áreas de Europa Central. «Jurd» es lo mismo que casa construida totalmente de piedra. Es muy posible que el vocablo «jurd» derive del céltico «hürde», que viene a significar lo mismo, es decir, cercado de piedra.

Acudiedo al terreno de la fonética, podemos traer a colación unas palabras de Menéndez Pidal, el cual dice en su Gramática Histórico-española: «la «h» no se pronunciaba ya en latín, de modo que en romance no tuvo representación ninguna; en la antigua ortografía, más fonética que la de hoy, se escribía «ombre», «onor», «eredero», etc.; luego los escritores eruditos fueron introduciendo el uso de la «h» en estas palabras para imitar la ortografía latina».

Ante estas anotaciones, consideramos que se clarifica un poco el meollo y se desenreda algo la madeja, por lo que las argumentaciones a favor de la «j» pesan más que las partidarias de la «h». Pero doctores podrían venir que nos dijeran que ni «h» ni «j», sino simplemente «Urdes». Y podrían agarrarse a aquello de que «Urdes» puede provenir de «urce», término leonés que se emplea para designar al brezo. Y verdad es que en Las Jurdes sobreabunda tal planta, y verdad también que la repoblación leonesa bajó, en el Medievo, hasta estas tierras.

Sin embargo, debemos prestar atención a un curioso fenómeno dialectal. En gran parte de la provincia de Cáceres se aspira la «h» (jormiga, jorno, jarina...) y muchas veces la «f» (jumsal —fumar—, jueza Gelipe...). En cambio, no se aspiran las vocales iniciales de palabras, pese a tener el mismo sonido que las que comienzan por «h». He aquí un claro ejemplo: «huso» (instrumento para hilar) se pronuncia «justo», y «uso» (costumbre, hábito) se pronuncia tal y como se escribe, sin «j» ninguna. De aquí se puede deducir que si el término Jurdes procediera de «urce», el pueblo, siguiendo su peculiaridad dialectal, continuaría pronunciándolo sin «j», pero el caso es que la «j» perdura en el habla de sus moradores y en los de las zonas aledañas.

En fin, acabemos con el trabalenguas. Y diremos que emplear «Hurdes» por Jurdes ha sido cosa de eruditos y del aparato administrativo del Estado. Y hay más ejemplos dentro de la comarca. La Segur, Martín Andrán, Buetre... son topónimos que la Administración ha trocado por «Asegur», «Martilandrán», «La Huetre»... Hasta a Cambrocinco le comieron una letra, y el indicador que aparece a la entrada del pueblo dice muy claro «Cambrocinco».

Nos quedan los archivos, los viejos legajos que se guardan en las parroquias, en los arcones albercanos, en la Chancillería de Valladolid y en otro montón de protocolos. El que quiera que los mire. Allí la tinta siempre traza los mismos rasgos: Dehesa de la Sierra o de la Jurde.

y desconfiado. Se arrinconó en sus alquerías, se imbuó del absurdo orgullo de un hidalgo venido a menos, y en su corazón ardió la tea de la xenofobia. Pesaban mucho — y aún pesan — los dos trágicos factores: la geografía desnuda y la aciaga historia.

LAS JURDES DEL AHORA

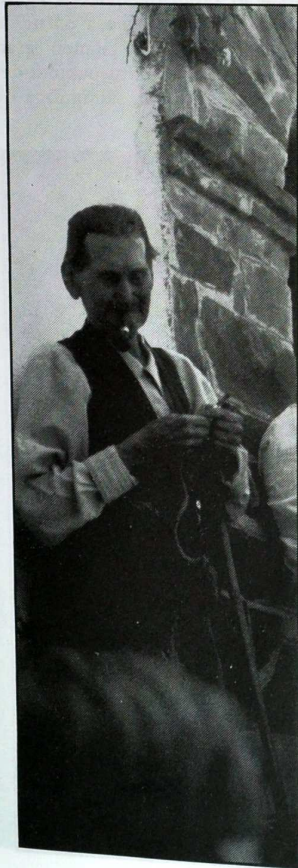
Encerrado en su caparazón de resabios y de recelos, el jurdano se te abre con franqueza cuando te tomas el vino áspero codo a codo con él, cuando es consciente de que tus ojos le miran limpiamente, cuando has logrado que su susceptibilidad — siempre a flor de piel — se esfume tras el caldo rojo de la sierra.

Y entonces él te habla de sus trabajos en los pinos, a donde acude por quincenas, llevándose una paga mensual — seguridad social descontada — del orden de las nueve mil pesetas. Irrisorio sueldo, máxime cuando la prole familiar suele ser numerosa. Algunas ayudas más entran en casa, pero vienen de los trabajos realizados fuera: de la recogida de cerezas en el Valle de Plasencia de la corta de tabaco por tierras de la Vera y Montehermoso de la patata por Navarra... y algo que siempre repasan los ancianos, los que cobran el subsidio.

Y también te dirá no que las tierras donde plantaron los pinos fueron suyas, porque eso ya es un hecho consumado, ni que debieron de haber sido repobladas de castaños y alcornos, árboles autóctonos por los que tanto luchó don José María Bútlar Orbeta, ingeniero agrónomo íntimamente ligado a la comarca... Pero sí te dirá que a él prácticamente le traen sin cuidado los incendios forestales de la zona. Más de dos pensarán que esto es imposible, que el jurdano no puede mostrarse indiferente ante

una fuente de riqueza que le asegura, y máxime en esta época de crisis, unos días de trabajo al mes. Pero sí, el jurdano aparece impasible ante el fenómeno de los incendios. Y por una razón muy sencilla: el jurdano es individualista. El hombre de estas tierras práctica un feroz minifundismo que le lleva a poner todo su amor y tesón en las minúsculas parcelas que cultiva junto al río o los chorreros. Se establece una conexión íntima entre la persona y el predio familiar. Y aquí, en Las Jurdes, más que en ningún sitio.

Unamuno lo comprendió muy bien y por ello llegó a afirmar: «si en casi todas las partes los hombres son hijos de la tierra, en Las Hurdes la tierra es hija de



los hombres». Es demasiado el sudor y la sangre que se vacían para levantar los cientos de paredones que trepan por por las escarpaduras de la montaña. El jurdano es parte consustancial de su huertecillo; sus raíces se confunden con la médula pizarrosa de la tierra.

El apego tan desmesurado al terruño general un cerril individualismo y muchas veces un acusado egoísmo. Todo lo que quede fuera de su mundo íntimo carece de importancia para él. No es que lo juzgue negativamente, sino que le es totalmente indiferente.

He aquí, por lo tanto, la cuestión. Hay un sustrato negativo en la base de la pirámide; es el resultante de la expropiación de la montaña por el Estado, lo que motivó la ruptura de unos modelos agropecuarios tradicionales: la cabaña caprina y el carboneo del brezo. Luego, aparecen otros estratos intermedios: los que dimanan de la oposición al pino por parte de los colmeneros (si fumigan las coníferas, mueren las abejas), los que achacan al pino el ser el causante del agotamiento de los veneros del monte, los que opinan que este árbol sólo sirve para crear puestos de trabajo y potenciar la riqueza de otras regiones (la madera de las talas que se han hecho ha ido a parar fuera de Extremadura)... Y arriba del todo, en la misma cúspide, sienta sus reales el individualismo, haciendo gala de la característica inercia y pasividad cuando se trata de salvaguardar el patrimonio ajeno. Para el jurdano, el Estado es una ente-lequia, una abstracción, otro elemento más para desconfiar... Entre vaso y vaso, puede llegar hasta tus oídos lo que podría erigirse en máxima del individualismo: «si se queman los pinos, que los apagui el Estau, que pa esu son suyus».

Con seguridad que el jurdano te ha de hablar acerca de sus hijos, sobre los que se marcharon

a Madrid, a Barcelona o al Norte, o más lejos, a los montes suizos o a las llanuras alemanas, y sobre los que le quedan en casa, que van a la escuela o cuidan de las cuatro cabras.

El jurdano ha emigrado como en muchos otros pueblos del solar extremeño. Pero ha emigrado con una sobredosis de nostalgia. Y ello es comprensible porque muchas tiras de su pellejo están pegadas a las lajas de pizarra de su tierra. Sus vivencias han sido más fuertes y más dramáticas que en otras zonas. Y en vez de aborrecer a estas cordilleras tan sumamente bravas, que le depararon un paridero cuasi inhóspito, se han encarnado en ellas, pagando con amor y con mimo a sus terrosas inclemencias. Vuelven muchos al cabo de los años. Es el «*tiraeru de la tierra*», como ellos dicen. Nadie, quizás, como el jurdano sienta tanto la feróz tragedia de no poder reposar para siempre entre los grisáceos pizarrales de sus pueblos.

Los que se quedan, que son muchos, siguen con el «*calabozo*» a cuestras, macheteando brezos y madroñeras, jaras y lentiscos. Siguen abriendo el vientre de los cientos de heredades que, cual pañuelos amarrados, se apiñan a la vera del río. Siguen trasegando el vino áspero, el que bajan del Soto y de Ciudad Rodrigo, el vino que dio en tiempos muchas calorías para un cuerpo falto de ellas...

Y sus hijos también siguen, cartera en mano, yendo a la escuela. Hay que aprender, saber, adquirir algo de cultura. Porque, en el fondo, el jurdano es consciente de que «*las cuatro reglas*» son necesarias para defenderse mejor en la vida. En una zona donde hay elevadas cotas de analfabetismo, la cultura es valorada muy «*sui generis*». En la mayor parte de Las Jurdes se te-



me a la cultura en tanto y cuanto que los que la poseen han sido muchas veces, los que se aprovechan caciquilmente de la ignorancia de sus habitantes. Y se la teme y a la vez se la respeta desde otro ángulo. Hoy por hoy, como en otros puntos de la España rural, la cultura se arrinconó en un estamento muy tradicional: maestros, curas, secretarios de ayuntamiento, médicos... Los jurdanos imbuídos desde hace siglos por ese cerril individualismo que les crea un falso concepto de la libertad (la clásica libertad tribal o primitiva, que es una libertad mutilada), se dan cuenta de que tienen que depender de ese tipo de funcionarios estatales, por lo que ven menoscabada su filosofía de la libertad; de aquí que recelen y respeten (por temor) a todo lo que implique cultura.

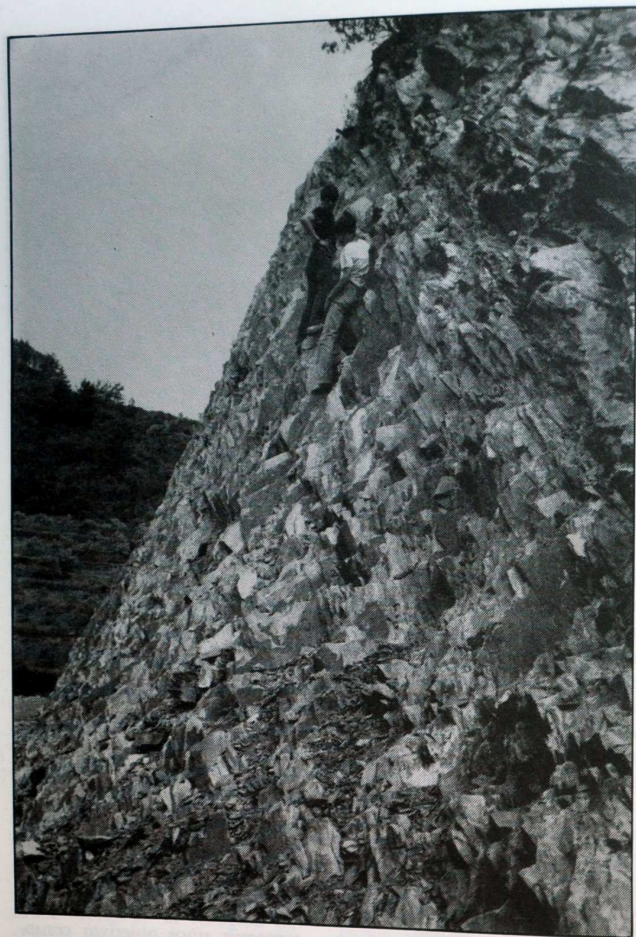
A pesar de los pesares, la tónica que va imperando es algo así como: «*ya que yo no tuvi posición, a vel si podemos sacal argu con el muchachu, que lo que aprenda, pa argu le sirvirá. Y pa'quí ya sabemos lu que hay...*»

Pero... ¿cómo es la enseñanza en Las Jurdes? Fijémonos en el corazón de la comarca, concre-

tamente en el concejo de Nuñomoral. Prácticamente en todas las alquerías que dependen de este municipio existen escuelas unitarias, donde un maestro, en muchos casos, debe impartir todo el ciclo de I.E.G.B. a un buen puñado de niños. Los resultados, como es de prever, dejan mucho que desear.

Si centramos nuestra atención en la Escuela-Hogar existente en la localidad citada, nos percatamos enseguida de que no está suficientemente dotada para conseguir unos objetivos consonantes con las exigencias de una enseñanza en la comarca.

Vemos, por ejemplo, que el peso del internado recae sobre unos educadores, considerados como «*becarios*», a los que se les retribuye mensualmente con un sueldo de miseria, del orden de las 4.000 pesetas. Por ello, los que llegan aquí de educadores están de paso, o son gente que, por falta de trabajo, se han tenido que agarrar a un clavo ardiendo. Además, estos educadores no tienen posibilidad de ampliar sus estudios o de preparar adecuadamente oposiciones, dado que no existen en la zona academias, institutos o faculta-



des. Todo esto genera, como es natural, una desilusión en los educadores, lo cual repercute en unos niños que necesitan más atención y dedicación que los de un colegio corriente. Téngase en cuenta que en esta Escuela-Hogar se acogen unos 120 niños procedentes de familias numerosas, huérfanos, mal clima familiar y economías precarias.

Por otro lado, considero que se está produciendo una anómala orientación de la enseñanza en la zona. Se ha demostrado con creces que los colegiales internos en la Escuela-Hogar procedentes de determinados valles jurdanos, como el del río Malvellido, presentan un índice de sociabilidad

muy bajo, negándose a colaborar y a participar en gran número de actividades y acostumbrando a formar círculos nucleares y compactos, en disonancia con el resto de los alumnos. Pues ahora, y esto ha ocurrido en el actual curso y parece que la tendencia va a ser la misma para los sucesivos, se va a fomentar más esta anómala situación. Resulta

que el mayor número de colegiales que se ha incorporado este curso a la Escuela-Hogar, proceden de las guarderías de Fragosa y Aceitunilla. Con ello lo único que se va a conseguir es que se potencie el poco espíritu convivencial y siga, dentro de la Escuela, el mismo clima de comu-

nidad cerrada que en sus respectivos pueblos.

Cualquiera que se adentre un poco en el meollo educacional de esta parte de Las Jurdes, pensará, a la vista de los resultados obtenidos, que es del todo incon-

gruente el que se quiera hacer de la Escuela-Hogar de Nuñomoral un coto cerrado para jurdanos procedentes de áreas tradicionalmente problemáticas, en cuanto a educación se refiere. La Escuela-Hogar está necesitada de otra terapéutica educativa, debiendo convivir en ella, proporcionalmente, jurdanos de los cinco municipios, sin descartar niños que provengan de otras comarcas cacereñas. De esta forma e enriquecerá la convivencia colegial y se podrán romper más fácilmente encasilladas y absurdas estructuras concejiles y aldeanas. Si se cumple este requisito y se ofrecen a los educadores halagüeñas perspectivas y alicientes, a buen seguro que a esta Escuela-Hogar le espera un futuro prometedor.

Muchas más cosas se quedan colgando de mi pluma. Pero todas no se pueden decir a la vez. Había que hablar sobre esos 228.677.000 millones que hogaño destinaron para invertir en el «Plan Hurdes» y que no acaban de satisfacer a varios de mis amigos jurdanos. Y habría que sacar a relucir las conversas con el tío Goyo, el antiguo sacristán de Nuñomoral; o con el tío Mingo, Tamborilero de El Cerezal; o con el tío Vito de Dios, que bien sólo vive en La Horcajada... O... ¡qué sé yo!, con tantos y tantos con los que me tomé mis buenos vasos de vino áspero en las tabernas de Rubiaco, de Pino, de Casares, de La Huêtre, de Fragosa, de Cabezo, de Mesegal, de Caminomoriso, de Aceitunilla... de las enteras y netas Jurdes del brezo y la pizarra.

Félix Barroso Gutiérrez

artes, letras, cultura

II Otoño Musical en Cáceres

Cuando el Complejo Cultural de San Francisco empezó a ponerse en marcha, a configurarse el nuevo aspecto de su sala de conciertos, el montaje del órgano que venía a cumplir dos misiones, la musical y la decorativa, más de cuatro se llevaron las manos a la cabeza calificándolo casi casi como la obra de un fanático. Fanático es el que tomando una idea impone su voluntad sobre ella independientemente de la respuesta del mundo y de los hechos. No era, no, un fanático —los hechos lo han demostrado y la respuesta del mundo también— sino un hombre con creatividad y sensibilidad y es obvio que el pensamiento creativo tiene que estar abierto a la sorpresa.

Es hora, al concluir la segunda edición del Otoño Musical, cuando le han concedido la razón aquellos que un día se la negaron, porque tras la primera experiencia el pasado año, hoy se puede calibrar el largo alcance con que este festival se creó y la trascendencia que para Cáceres



puede tener en el futuro. Como principio parece ser que nada verdadero o hermoso tiene cabal sentido.

Para los aficionados a la

Música, el II Otoño Musical ha brindado una sucesión de ocasiones de oro para escuchar buena música e intérpretes notables. Creo que todos los conciertos,